

Lecciones de un traspiés

Los actos canallas de las Farc esta semana en el Huila son, sin duda alguna, un duro golpe al ánimo esperanzador —aunque triunfalista en exceso— de los últimos tiempos en la batalla del Estado contra el terrorismo. Pero, más allá del lógico y unánime rechazo de la población a todo tipo de atrocidades a que nos tiene acostumbrada la guerrilla, esta agresión no puede exagerarse en sus dimensiones hasta generar un ambiente de desconfianza general que se pueda traducir en la adopción de políticas equivocadas.

A pesar del desánimo general de estos días no se puede, por ejemplo, perder de vista y menos demeritar los avances indudables de nuestra Fuerza Pública en defensa de las instituciones democráticas. Los colombianos todos debemos hoy más que nunca reconocer y apoyar esos avances, entre otras cosas, porque uno de los efectos que la guerrilla pretende obtener con su barbarie es ponerlos en entredicho.

De ahí la perplejidad que ha provocado la rápida reacción del presidente Uribe para destituir al comandante de la Novena

Brigada, general Héctor Martínez Espinel; a un coronel y a un mayor responsables del Cauca, y a la cúpula del DAS en el Huila. Por supuesto que es loable que ante los fracasos se encuentren los responsables y paguen por ello —máxime si, como todo lo indica, se trató de un golpe anunciado, en el que hubo fallas operativas graves para impedirlo—. Sin embargo, el resultado práctico de este apresurado movimiento presidencial ha sido más bien el contrario: aumentar el bochón de la guerrilla, que puede ahora sumar estas destituciones a los militares muertos en Santa María y a los secuestrados en Neiva.

La inconveniencia de esta reacción en caliente abre paso además a otra lección que debería aprenderse de los actos villanos de esta semana, cual es entender en definitiva que la guerra no se libra solamente en los campos de batalla, sino tam-

bién en la simbología que rodea cada acto. Si, como ojalá haya quedado claro con estos hechos, estamos ante un conflicto de años, que no se va a solucionar de manera rápida por muchos avances militares y partes de victoria triunfalistas que se produzcan, es de esperar que hacia el futuro el Gobierno esté mejor preparado para los reveses que vendrán y reaccione

con cabeza fría para disminuir su impacto en la estrategia de largo plazo.

El propio Gobierno ha defendido, y en general hay consenso en ese análisis, que ac-

tos a mansalva y sobreseguro, como los del Huila, obedecen al repliegue obligado de las Farc por la acción de la Fuerza Pública en el último tiempo. Pero es evidente que la guerrilla está lejos de ser derrotada militarmente. De hecho, sería miope pasar de soslayo sobre la posibilidad de que las acciones de esta semana

puedan ser también —y para ello habría que estar preparados— el primer campanazo de alerta de que las Farc están dando el paso de ese repliegue estratégico hacia la reactivación de sus golpes militares. En ese sentido, más allá de la reacción coyuntural frente a lo ocurrido, habría que preguntarse si el Gobierno está en capacidad de reenfocar con la agilidad requerida su estrategia para contrarrestar una eventual ofensiva de este tipo.

Una última lección, que se deriva de las anteriores, es comprender que la política de seguridad democrática no puede limitar sus objetivos a la solución meramente militar, sino que debe involucrar también los políticos y simbólicos. No se puede olvidar que hace una semana no más el debate nacional e internacional estaba centrado en la posibilidad de adelantar un acuerdo de intercambio humanitario y la insistencia desde Europa en este tema —en especial de Francia— indica a las claras que la discusión política es indisoluble de la realidad del conflicto colombiano.

**EL GOBIERNO DEBE ESTAR
MEJOR PREPARADO PARA
LOS REVESES Y REACCIONAR
CON CABEZA FRÍA.**
